

JAVIER ACUÑA • MATÍAS BAUSO • ESTEBAN SERRANO

SCALOPEDIA

Una enciclopedia coral de la Scaloneta



JAVIER ACUÑA • MATÍAS BAUSO

Ilustraciones de Esteban Serrano

SCALOPEDIA

Una enciclopedia coral de la Scaloneta

 Planeta

Las enciclopedias siempre pretendieron abarcar todo el conocimiento sobre lo humano. Esta tiene objetivos menos ambiciosos y algo más juguetones. Agrupar definiciones, semblanzas, opiniones (algunas arbitrarias), anécdotas, datos, enumeraciones, elogios desmesurados, miradas e historias sobre la Scaloneta. Como en las antiguas ediciones de la Encyclopædia Britannica que fascinaban a Borges, entre las entradas surgen artículos firmados por especialistas. En el medio, las ilustraciones de Esteban Serrano.

Desde 2019 la Selección Argentina transita el mejor ciclo de su historia. Por longevidad, por resultados y por rendimiento califica para disputar el título de mejor selección de la historia del fútbol. Sus contendientes tuvieron apogeos mucho más breves o logros menos persistentes.

En estas páginas se retratan victorias indelebles, episodios heroicos, publicidades, algunas pocas derrotas, vidas, puntos de giro, momentos de zozobra y algunos de los momentos más felices que hemos vivido como argentinos.

Messi, Scaloni y muchísimos otros protagonistas importantes. No se explica un desempeño tan prolongado en el tiempo solo a través de unos pocos nombres o un par de circunstancias. Eso es lo que pretende la Scalopedia: contar de manera fragmentada estos años de gloria que tuvieron su cénit en Qatar pero que no se apagaron en diciembre de 2022. Están los logros deportivos, los análisis tácticos, los aspectos humanos y también las millones de personas inundando las calles con la alegría inconmensurable de los festejos.

Este libro cubre desde la propuesta algo desesperada a Scaloni para comandar la Selección de manera interina hasta los amistosos previos al Mundial 2026. No hay una guía de lectura ni un modo virtuoso de encararlo. El lector puede empezar por la A y seguir el orden alfabético dejándose sorprender por lo que aparece. O puede, si desea, saltar de entrada en entrada, ir buceando en busca de su protagonista o suceso preferido. Con cualquiera de los dos caminos, las entradas, los fragmentos, terminarán construyendo la historia de una Selección que atravesó nuestras vidas.

Apenas comience este nuevo Mundial, este equipo seguirá contando su historia. Nada de lo que ocurra podrá opacar lo ya hecho. Solo puede crecer la leyenda hasta cimas inimaginables.

Ojalá sea así.



Abanderado Grandoli. Primera entrada de esta enciclopedia y primer club de Messi, en el que jugó a los cuatro años. Una tarde fue a ver a sus hermanos y faltaba un jugador en la categoría de cinco años. Lo pusieron, sin esperanzas, solo para completar el equipo. Ya nunca volvió a salir.

Abrazos. El de Lionel Scaloni y Pablo Aimar en la playa de Valencia cuando decidieron agarrar el interinato; el de los compañeros a Pourtau cuando atajó los dos penales a Uruguay para llegar a la final de L'Alcudia; el de Scaloni, Aimar y el profe Luifa, todos vestidos con los conjuntos deportivos azules de AFA, tras la final y la victoria 2-1 a Rusia: tenían algo más de aire; los pibes apretados como un puño festejando el campeonato sin saber el efecto mariposa que estaban desatando; el de Pezzella a Armani mientras le grita su alegría

al oído y el arquero silencia a sus detractores al atajar el penal a Derlis González y darle una vida más al equipo (y a Scaloni) en la Copa América 2019; el de Lautaro con el Kun teñido de platinado en el primer gol a Qatar que clasificaba al equipo a la segunda ronda; el de todo el equipo como una montaña contra el banderín del córner después de que Lo Celso asegurara el pase a semifinales, ese que se da sabiendo que el primer objetivo estaba cumplido; el de Scaloni con todo el equipo después del gol de Lautaro en La Paz, su mayor efusión como DT: corrida en la altura y zambullida al montón que formaban sus jugadores; el de todo el plantel alrededor del Dibu después de atajar dos penales y ponernos en la final de la Copa América 2021; el del utilero Marito De Stéfano, esa misma noche, con barbijo puesto, con Di María

y De Paul cerca de los bancos; el de Messi, Acuña y De Paul, allá arrodillados en la mitad de cancha del Maracaná, apenas el referí termina el partido: se acabó la sequía; enseguida, todos, uno arriba del otro, y uno más, un amasijo de felicidad y, claro, de alivio; el de los dos Leo, antes de la premiación: caminaron enfrentados, como cow-boys, treinta metros sin apurar el paso, cuando se encontraron Messi apretó y levantó a Scaloni, se hablaron al oído, lloraron, se agradecieron; el del cuerpo técnico al conseguir la clasificación al Mundial; el de Messi y Di María después del tiro perfecto de Leo para abrir el partido con México, para revivir a la Selección, para asegurarnos de que no nos volvíamos temprano; el de Otamendi y Enzo a Dibu, acostados en el área chica mientras el partido seguía después de la tapada monumental en el último minuto frente a Australia; y la patadita de Romero al Dibu, antes de que se levantase, también cuenta como gesto de

afecto; los de todos con Lautaro después del penal a Países Bajos; el de Messi yendo a buscar a Dibu, que había quedado solo, y tirándose encima del arquero; el de Julián y Messi en el segundo gol a Croacia: la sonrisa de los dos; Messi aplastado en el piso por los compañeros en el penal de la final; el de Dibu, Rulli y Dybala a 90 metros del otro arco después del gol de Fideo; el de Paredes, Acuña y compañía con Leo Messi, de rodillas en el círculo central cuando ya todo había terminado; los ramilletes esparcidos por toda la cancha de los jugadores y miembros del cuerpo técnico apenas Montiel hizo el penal, parecía que en cada rincón del campo de juego había dos, tres, cuatro argentinos celebrando; el de Messi con Antonia, la cocinera de la delegación, un gesto filial; los de los 35 000 hinchas en las tribunas del Lusail; los de los argentinos en cada casa frente a la tele, los de quienes no lo pudieron ver por los nervios apenas se enteraron del resultado, los de quienes

estaban en avenida Corrientes mientras la chica en bicicleta los filmaba y registraba el mejor plano secuencia de la historia; el tuyo, el mío con mi familia. El de Paredes con Scaloni, cuando por fin se aflojaron los diques emocionales del DT, el llanto de los dos mientras Leandro le decía, le confirmaba, le agradecía: «Somos campeones del mundo, campeones del mundo». Ese es todos los abrazos previos. Ese es nuestro nuevo abrazo del alma.

Abuela lalalala la. La Abuela no es abuela. Cristina Mariscotti nunca tuvo hijos, pero sí varios sobrinos. Accidentalmente, ella fue uno de los grandes personajes del Mundial 2022. Después del triunfo frente a Polonia, unos diez jóvenes festejaban ruidosamente en una esquina de Liniers. El desahogo por seguir con vida. De una de esas casas bajas del barrio salió una mujer de 76 años, con un solero liviano, un barbijo y una bandera argentina que debía tener unos 50 centímetros de largo, no más,

de esas que cada tanto se cuelgan en los balcones. La agitó con las dos manos, en gesto de hermandad con los chicos. Ellos, Los Pibes de Luro, la rodearon y saltaron y cantaron. Hasta que uno empezó a cantar: *Abuela lalalala, Abuela lalalala la*. La mujer levantaba los brazos acompañando la euforia juvenil, siendo cómplice de la alegría y de esa leve cargada. Lo que ninguno de los que estaban en esa esquina de Caaguazú y Andalgalá sabía era que estaban creando un gran personaje y un momento icónico. Desde un edificio alguien grabó la escena con su teléfono. Luego, las redes hicieron su trabajo. Así, tras el partido con Australia, había por lo menos cuarenta personas saltando con Cristina. Para Holanda, ya se había convocado una pequeña multitud; ella salió más arreglada y varios móviles de televisión registraron el momento. A esa altura medio país tarareaba la música de «Go West», una canción de Village People que luego reversionó Pet Shop Boys. Una

hipótesis: el que empezó a vivir con esa música a la abuela (que no es abuela) no es futbolero, es uno de esos millones que se unen a la pasión del fútbol en los mundiales. Lo más natural hubiera sido cantar *Abue, abue, abueela* (como la hinchada le cantaba a Diego en los ochenta: *Maradooo, Maradooo*).

Por las redes se viralizaron los videos de sus festejos y también varios memes con ella de protagonista. Un micro —la Scaloneta— manejado por ella con Messi de copiloto y los jugadores detrás; la patente: Lalala.

Después de la semifinal, esa esquina, la de la abuela con la bandera algo deshilachada en la mano, debe haber sido la más concurrida de toda la zona oeste de la Ciudad de Buenos Aires, quizá la más populosa de toda la Ciudad después del Obelisco. Miles de personas al grito de *Abuela lalala la*. Ya no era el teléfono de un vecino el que la filmaba. Había decenas de cámaras, cientos de teléfonos levantados sobre las cabezas como si se tratara de un recital —y ella, la estrella— y un par de drones. Cristina se había convertido en la cábala nacional.



Los chicos saltaban con ella, la abrazaban, le tiraban espuma. Ella disfrutaba y participaba de la fiesta. «Hay viejas de mierda y hay otras que no. Yo no soy una vieja amargada. Ya la vida es bastante triste, yo trato de estar lo mejor posible. Hay alguna gente que destrata a los jóvenes. Yo no, porque entre los jóvenes están mis sobrinos y sobrinas y son el futuro de la vida, los que van a seguir haciendo la nación, y eso es bueno. Acepto la edad que tengo y trato de pasarla lo mejor posible», le dijo al periodista Joaquín Sánchez Mariño. Para la final hizo lo mismo que en los partidos anteriores. Vio canales de noticias y alguna película en el cable. No puso el partido porque se ponía nerviosa. Se guiaba por los gritos de los vecinos y por los bocinazos. Cada tanto comprobaba el resultado y cuánto faltaba. Con Argentina campeona del mundo, casi no pudo traspasar el umbral de su casa. La calle estaba inundada de autoconvocados que habían ido a celebrar con ella. Era fácil

encontrarla: en Google Maps, la intersección estaba identificada como *Abuela lalala la*.

[**Cristina Mariscotti** murió a fines de marzo de 2026].

Acertada. A las 7:25 de la tarde del jueves 2 de agosto de 2018, la Asociación del Fútbol Argentino anunció formalmente en su cuenta de Twitter «que Lionel Scaloni dirigirá los próximos amistosos de la Selección Argentina, junto con sus colaboradores Pablo Aimar y Martín Tocalli». Apenas un minuto y diez segundos después llegó la primera respuesta: el usuario @sd_lauty escribió: «pasamos de simeone a scaloniii». El tono crítico y burlón de las siguientes interacciones (no tantas) se mantuvo hasta las 8:20, cuando apareció el mensaje de @delmorlbarza: «Decisión acertada», dijo convencido. ¿Es una persona real o un tuitero con nombre de fantasía? ¿Sabrá que es el primer pasajero de la Scaloneta? La información de su bio es breve (Supermercado Luis Magaluf),

pero nos ofrece algunas pistas: incluye el mismo nombre de la ubicación geográfica que se con- signa. Magaluf es un pequeño pueblo costero de 5 000 habi- tantes, está ubicado en la isla de Mallorca y es uno de los princi- pales destinos turísticos de Eu- ropa. Pertenece al municipio de Calviá. ¿Quién vive en esa zona desde que se retiró como futbo- lista profesional? Lionel Sebas- tián Scaloni. Su esposa es mallor- quina y decidieron radicarse allí. Tienen su casa en El Toro, otro pueblito de la isla, que queda a 6 kilómetros de Magaluf. ¿Se conocerán? ¿La familia Scaloni habrá hecho las compras alguna vez en el Supermercado Luis?

ADN. ¿Cuál es el ADN del fut- bolista argentino? ¿Existe? Du- rante mucho tiempo, cuando se veía a un europeo sacarse de encima con una gambeta a un marcador, se lo elogiaba dicen- do que parecía salido de un po- trero de Valentín Alsina. Como si la habilidad fuera patrimonio nuestro, pero también como si

fuera nuestro único *commodity* futbolístico. El segundo gol de la final frente a Francia, pero también el pique de Molina para el primero contra Países Bajos, el pase de Enzo a Julián contra Polonia, o la pared a toda velo- cidad en el tercero a Francia y el gol de Lautaro contra Colombia en la Copa América 2024 son obras colectivas, resueltas con precisión, inteligencia, ritmo y habilidad. Las características del (buen) fútbol argentino y de cualquier equipo que se haya destacado en la historia sin im- portar dónde nacieron sus juga- dores.

AFA. No trates de entenderla, disfrútala. Todo pasa.

Alario, Lucas. Ya tenía reserva- da su camiseta número 27 para jugar la Copa América 2021, que incluía 28 jugadores por plantel por la misma razón que cambió su sede de Argentina a Brasil: la pandemia. El jueves 10 de junio al mediodía, sobre el filo de la hora estipulada por la

Conmebol para la presentación formal de las listas de buena fe de cada selección, la AFA incluyó como delantero al entonces goleador del Bayer Leverkusen, a pesar de que arrastraba una lesión muscular-tendinosa en el muslo derecho. Scaloni lo esperó hasta último momento, pero tuvo que desafectarlo al día siguiente, cuando las listas se oficializaron definitivamente, porque no alcanzaría a recuperarse a tiempo. Su lugar fue ocupado por el joven delantero de River Julián Álvarez.

Ya estaba escrito: el 9 para reemplazar a Gonzalo Higuaín después de tres mundiales consecutivos como titular no sería otro Pipa, ni Alario ni Benedetto. (Ver también «Encuesta»).

Aleph de Messi. «La caminata de Montiel se vuelve el Aleph de Messi, el punto en el que conviven todos sus puntos. El espacio y el tiempo como un conjunto infinito y sucesivo, solo transferible al lenguaje de forma imperfecta, como una enumeración

sucesiva y parcial. Ve el reflejo del sol en una ventana, ve su cara de ocho años en el espejo y que la ventana es la del baño en que se quedó encerrado a la hora en que su equipo empieza la final, vuelve a ver que si recubre su puño en una toalla puede romper el vidrio y escapar, ve los culos de las chicas que se le ofrecen en Instagram y que cada tanto agranda con los dedos cuando Antonela ya está dormida, ve su silueta descansando y las tetas, ve el pelo morocho cayendo sobre las tetas, ve un mate y una tostadora, ve un jardín y ve una playa, ve los veranos en yate y la claustrofobia del mar abierto, lejos de la gente para parar un rato con el autógrafo en continuado, ve el atardecer anaranjado en el horizonte de Ibiza, ve el mapa de manzanas alineadas de Barcelona y los andamios de la Sagrada Familia, ve las curvas de Rosario, ve los balazos que dejaron una vez los narcos en la puerta del supermercado de sus suegros, ve el supermercado de Miami en el que hay siete tipos de Oreo, ve

venir a Thiago con un paquete de Zucaritas y a Mateo con un yogur y a Ciro con caramelos, ve a la hija mujer que no tuvo y a la que puede tener, unos ojos que lo quieran por otra cosa, ve a su perro Hulk pasando de largo cuando él levanta la pelota, ve todos sus goles a la vez y los que no fueron, ve la imprecisión y el ajuste necesario, se ve a sí mismo en el FIFA y al mando de su joystick, la utopía de moverse a pilas, ve un alfajor y una pizza, la aguja persiguiéndole el muslo, a un periodista sin cara haciéndole una pregunta que no es una pregunta, ve todas las zonas mixtas y al Kun pasando por atrás y pegándole en la nuca, ve lo rosa y lo negro de todo eso, lo azulgrana y lo celeste, el himno murmurado y el himno gritado, ve los saltitos del Tata Brown a la salida del túnel en el Mundial 86: «vamos que en dos horas somos campeones del mundo», dijo el defensor aquel día. Pero ya no quedan dos horas. Ya no queda nada. Que todo lo que pueda ser gol, sea gol».

[José Santamarina, *Ya está. Variaciones sobre Messi* (Vinilo, 2024)].

Almada, Thiago. Fue el último de los convocados, acaso el más sorprendente. Las bajas de último momento le abrieron un lugar. En un plantel poblado de buenos jugadores y opciones múltiples de mitad de cancha hacia adelante, se suponía que solo iría a convivir con el grupo y a acumular experiencia, dada su juventud. De todas maneras, tuvo sus minutos de juego cuando ingresó frente a Polonia, al final de la primera fase. En la Copa América 2024 no estuvo convocado. Pero a partir de ese momento su crecimiento fue notable. Campeón con el Botafogo de la Copa Libertadores y presencia activa y determinante en la Selección. Goles y grandes actuaciones en las Eliminatorias, en especial frente a Uruguay y Brasil. Se posicionó como uno de los jugadores fundamentales en esa etapa del ciclo. Si a Qatar viajó casi de polizón, al 2026 va en primera clase, con sed de protagonismo.